



LA SOCIEDAD ILUMINADA: LAS TEORÍAS DE LA CONSPIRACIÓN COMO RESPUESTA SECULARIZADA AL PROBLEMA DEL MAL EN EL MUNDO.

Hugo Antonio Pérez Hernáiz

Universidad Central de Venezuela

Las leyendas atraen a los mejores de nuestros contemporáneos, tal como las ideologías atraen al tipo medio y los cuentos y rumores sobre crueles poderes secretos tras la escena atraen a lo peor de lo peor.

Hannah Arendt (Los Orígenes del Totalitarismo)

Primera Vuelta a la Tuerca

¿Conspiran?

Hay gente que conspira. Hay grupos que intentan imponer sus objetivos desde las sombras. Se reúnen en lugares impenetrables para la luz pública y desde allí, de manera antidemocrática, deciden el destino de los otros. A veces, los conspiradores son grupos sin importancia que sólo pueden lograr sus objetivos por medio de una infinita cadena de complots sobre complots, de alianzas y contra-alianzas innumerables. Pero en la mayoría de los casos, son grupos con poderes casi sobrenaturales sobre recursos humanos y económicos: sus órdenes son obedecidas por agentes en regiones distantes y son capaces de comprar a las más probas conciencias por medio de sobornos inconmensurables. Como en las novelas *El Péndulo de Foucault* de Umberto Eco (1989)¹ o *El Código Da Vinci* de Dan Brown (2003), estos grupos pueden permanecer por generaciones escondidos tras las mamparas de reconocidas instituciones públicas y de grupos en apariencia inofensivos. Pero no por ocultos tienen menos control sobre importantes decisiones políticas y económicas. A veces los conspiradores presentan sus objetivos abiertamente, tal es el caso de los grandes poderes imperiales, pero sus artimañas son por lo general menos visibles, aunque penetren a lo social por todos sus poros.

¹ Aunque la novela de Eco puede también ser leída como una parodia de las teorías de la conspiración y como una ejemplificación de la definición social de la realidad.

Varios estudiosos del tema de las teorías conspirativas sostienen que en los últimos años es perceptible un sostenido incremento en la popularidad de este tipo de explicaciones.² Las casi fantásticas ventas del libro de Brown parecen ser síntoma de esto. Se afirma a menudo que la Internet es un medio especialmente fértil para la transmisión de las más descabelladas explicaciones sobre la realidad. En efecto, resulta casi imposible enumerar las páginas de la red que revelan verdades ocultas sobre una gran variedad de temas de actualidad.³ En primer lugar figura, por supuesto, la verdad sobre los hechos del 11/9 veladas por el gobierno norteamericano, pero también encuentran espacio prominente en la red los clásicos de la conspiración: los Jesuitas y los Masones parecen haber pasado de moda frente al auge del Opus Dei (quizás cortesía de la novela de Brown y la película que inspiró), pero otros añejos conspiradores, como el Sionismo internacional, cuyas artimañas son claras para todo aquel que haya leído *Los Protocolos de los Sabios de Sión*,⁴ fácilmente asequible en la Internet, siguen teniendo connotada presencia; o las grandes corporaciones que, desde el siglo diecinueve, no respetan soberanía nacional alguna en su intento por apoderarse del mundo, y el favorito de la actualidad, los poderosos Medios de Comunicación, canales y partícipes de intereses oscurísimos.⁵ No relataremos aquí esta explosión conspirativa,⁶ ni exploraremos la pregunta de si tal explosión realmente existe o no es más que la expresión moderna de un muy viejo fenómeno. Aquí concentraremos nuestra atención sobre una forma muy particular de la teoría de la conspiración, su afinidad electiva con el liderazgo carismático y su poderosa utilización como herramienta política.

¿Quién revela la conspiración?

Hay algo oculto en la conspiración, algo que pretende el engaño y que clama ser develado. Pero afortunadamente una vez que se ha descubierto la clave conspirativa, la cadena de hechos y decisiones que llevan del acto final hasta la conspiración a través de eventos lógicamente vinculables, todo hecho, toda declaración, toda acción, aparecen claros bajo el foco de luz abierto por tal clave. Es posible entonces seguir de vuelta esta secuencia lógica que lleva, desde los motivos e intereses del conspirador, hasta los hechos cotidianos que de otra manera sería imposible explicar. Como el detective de cualquier historia policial, una vez que hemos descubierto los motivos que han inspirado a cometer el crimen, hemos resuelto el caso. Aquel que

² Véase la relativamente reciente compilación editada por Jane Parish y Martin Parker (2001) y la nota a pie número 6 del presente ensayo.

³ Hay quien arguye sin embargo, como Clarke (2007), que la Internet por el contrario funciona como una vacuna contra las teorías de la conspiración porque reduce los costos a monitores privados que las controlan.

⁴ Sobre la historia del famoso documento véase la clásica obra de Norman Cohn (1995)

⁵ Un interesante y estudiado caso de un movimiento prácticamente estructurado en torno a la convicción de que los medios de comunicación son agentes de una conspiración internacional es el ultraderechista Frente Nacional fundado en Francia en 1972 por Jean-Marie Le Pen. El lema del movimiento de Le Pen, *Tout est lié*, remite a la idea del vínculo conspirativo. Le Pen no desperdicia oportunidad mediática alguna para señalar que los medios conspiran contra la unidad de la derecha francesa en torno a su persona a través de la desinformación y la tergiversación deliberada. La página del Frente Nacional, frontnational.com/accueil.php (1-2-2009) es un comienzo útil para todo aquel que quiera romper el “cerco mediático” impuesto a Le Pen por la conspiración mediática internacional. Para un análisis de la relación de Le Pen con los medios véase el capítulo de Adrian Quinn, “Tout est lié: Front National and the media conspiracy theories” en: Jane Parish y Martin Parker (2001).

⁶ Para un recuento en español consúltese Julio Patán (2006). A pesar de su formato popular, la compilación de James McConnachie and Robin Tudge (2005) es muy seria y útil e incluye un excelente ensayo bibliográfico y de fuentes en Internet. Los trabajos de Robert Anton Wilson (1998) y de Jonathan Vankin y John Whalen (1999), son recuentos algo más antiguos pero aún vigentes.

quería matar, ha matado. Sólo es necesario reconstruir de manera lógica la secuencia de eventos que llevan del crimen al criminal.⁷

El punto de este ensayo no es contraponer una posible “teoría de la inocencia” de los agentes frente a la “teoría de la conspiración”. El científico social no sostiene la ausencia de intereses y agentes sociales actuando para lograr objetivos pero, a diferencia del teórico de la conspiración, sostiene que lo social es una compleja red de relaciones y no una cadena mono-causal de eventos. Hay gente que conspira. ¿Quién lo pone en duda? ¿Acaso no hay gobiernos más poderosos que otros gobiernos? ¿Acaso no hay corporaciones internacionales con mucho dinero? ¿Acaso no hay agencias de espionaje con agentes y contra-agentes? El científico social no niega estos hechos pero, a diferencia del teórico de la conspiración, conoce de las consecuencias no esperadas de la acción y presenta esas consecuencias como resultado de una red de múltiples relaciones que no admite explicaciones causales únicas. Además, presenta esas relaciones como susceptibles de falsificación, y no pretende que tal falsificación sea prueba del interés por esconder la verdad. Por cierto que el teórico de la conspiración tampoco niega la complejidad causal, pero esa complejidad es sólo posible dentro del esquema conspirativo que forma parte de la maquinación del conspirador, y en efecto ese esquema puede ser considerablemente complicado y es lo que precisamente le da el carácter de *thriller* a la literatura de la conspiración.

Quien descubre la clave conspirativa se convierte en un filósofo iluminado que regresa a la caverna de Platón para convencer a los otros de que han estado entretenidos con meras sombras de la verdad. Sombras, por cierto, creadas por la misma conspiración. Una vez que se tiene la clave, todo hecho puede y debe ser explicado a partir de la conspiración. Todo corrobora la clave. La clave se explica e ilumina a sí misma y se hace auto evidente. “El que tenga ojos, que vea” es la frase favorita de aquel que ha descubierto la clave. Lamentablemente, a veces, los alienados de la caverna se niegan a ver lo que está claro para todo aquel que quiera ver. Se empeñan en vivir en la superficie de un asunto que, obviamente, es más profundo que los hechos, como meros epifenómenos de ese asunto. Muchos son reacios a vincular esos hechos superficiales en un todo explicativo y son incapaces de aprehender ese todo. Su ignorancia, la ideología dominante o en el peor de los casos sus propios intereses, los llevan a cuestionar la verdad de aquello que es develado por la clave conspirativa. Están cegados o dormidos por efecto de la conspiración o peor, ellos mismos conspiran.

Tal es, por supuesto, el comportamiento del paranoico de la psicología.⁸ Pero hay veces en la historia política que genios carismáticos han sido capaces de hacer que toda una sociedad compre su clave conspirativa. Entonces nos encontramos ante una sociedad iluminada, conocedora de la verdad y capaz de movilizarse bajo la fuerte voluntad de tal líder. A este tipo de teoría de la conspiración, y su develamiento por parte del líder carismático es a la que refiero este ensayo. El argumento puede resumirse así: *La sociedad está a oscuras y dormida, alguien quiere que permanezca así para continuar siendo el agente de la historia, el genio carismático posee la clave para develar la conspiración e iluminar y despertar a toda la sociedad. El genio carismático explica a la sociedad el origen del mal que le impide avanzar a la utopía. La sociedad es iluminada y es capaz de asumir la agencia histórica de su propio destino y, eventualmente, alcanzar la utopía.*

⁷ El tratamiento clásico de la teoría de la conspiración como expresión del *cui bono* se encuentra en Karl Popper, *La Sociedad Abierta y sus Enemigos* (2006). No es del todo justa la comparación que proponemos con la historia policial. En el policial clásico, la conspiración tiene un límite temporal y espacial. En un sitio y lugar concreto ocurre un crimen cuyo trama es revelado por el detective. Como en cualquier teoría de la conspiración *todo* en el lugar del crimen es una clave. Pero el poder de la conspiración se limita al lugar y al hecho bajo investigación. Las teorías de la conspiración tratadas aquí son de alcance global.

⁸ Para una aproximación a la teoría de la conspiración como paranoia colectiva en el contexto de la historia política de los EE.UU. véase Melley (1999), una crítica al clásico libro de Hofstadter (1966) sobre el asunto.

Otra Vuelta a la Tuerca

¿Cómo se Ilumina a Toda una Sociedad?

En el sentido específico del argumento, la teoría de la conspiración es una herramienta política⁹ central para líder carismático, que basa su acción política en una ética de las convicciones, en el lento proceso que supone la iluminación de la sociedad. Es decir, el lento proceso por el cual ese líder carismático transmuta los valores de una sociedad, convierte sus fines en medios y viceversa. El líder convence a la sociedad de la necesidad de triunfar sobre la conspiración y la convence de que, cualquier resultado no esperado de su acción política, es producto de esa misma conspiración. Hay dos conceptos en el argumento que requieren paréntesis explicativos: la ética de convicciones y la transmutación de valores.

Ética de la responsabilidad vs. Ética de las convicciones.

Max Weber distinguió entre la ética de convicciones y la ética de la responsabilidad.¹⁰ La ética de convicciones, también llamada ética de absolutos o de fines últimos, es aquella que guía la acción del sujeto sobre la base de, como lo indica su nombre, convicciones. En términos simples, y para nuestro contexto, esa convicción puede resumirse en “El bien”. Alcanzar ese bien justifica ciertos males de camino. Las consecuencias de esos actos malos (así no sean el bien, sino otros males) no son “responsabilidad” de aquel cuya vida está signada por la certeza del bien final. Si el bien es la guía absoluta, la simple certeza de que se actúa por ese bien justifica toda acción. El actuar mal, a sabiendas de que se actúa mal, no es problema si se está plenamente convencido de que la consecuencia de ese mal es el bien último. Tampoco se es responsable si se actúa bien pero las consecuencias son malas, pues toda acción tiene “consecuencias no esperadas”, basta con la certeza interior de que se ha actuado con fidelidad a la convicción: La Historia, una vez se alcance el bien final, justificará a aquellos cuyas convicciones hayan sido firmes, inmovibles e incluso crueles cuando la Historia así se los exigió.

En cambio, la ética basada en la responsabilidad implica que se “responde” por toda acción. La conducta no puede justificarse por fines absolutos. El bien no puede ser alcanzado por malos medios. Si se es responsable y se actúa mal, se deberá responder por las consecuencias malas de la acción. Incluso si se actúa bien, pero inesperadamente salen mal las cosas, se debe “responder” por esas “consecuencias no esperadas” de la acción. No hay Historia ni bien final de los que pueda colgarse el sujeto político para justificar su acción y así zafarse de la responsabilidad. Esto no quiere decir que aquel que guía su acción política de acuerdo a una ética de la responsabilidad carezca convicciones. La ética de convicciones y la ética de responsabilidad son tipos ideales en el sentido weberiano, es decir, son construcciones teóricas puras y, en la realidad, todo sujeto tiene convicciones y esperamos que todo sujeto responda por sus acciones. Lo que Weber quiere decir es que las acciones de los sujetos, y en nuestro caso del líder político, se acercan o se alejan más o menos de alguno de los dos tipos puros. Por ejemplo, a Weber le parecía que el político en democracia debía acercarse más a una ética de la responsabilidad, pero admitía que todo político, como todos nosotros, tiene convicciones profundas (aunque a veces no lo parezca), y sin esas convicciones sería absurda la actividad política. Todo político con verdadera vocación, “cree” que es posible mejorar a la sociedad, hacer algo mejor, puede ser un hombre religioso, puede incluso “creer” en la democracia como valor. Lo que no puede hacer es justificar las consecuencias de sus acciones sobre la base de esas convicciones. No puede decir “yo actué así

⁹ En nuestra interpretación pragmática no nos interesa aquí si el líder “cree” o no en su propia teoría de la conspiración, tampoco nos interesa si la conspiración develada es cierta o no. Tan sólo nos interesan sus efectos políticos.

¹⁰ Weber trata el tema en varios lugares de su obra, en sus *Ensayos Sobre Sociología de la Religión* (1987) y muy especialmente en su famosa conferencia *El Político como Vocación* (1919).

porque el fin de esa acción era una sociedad más justa, lamentablemente he generado con mi acción más injusticia, pero yo no soy responsable de eso, pues actué siguiendo mis convicciones. Mi conciencia está tranquila”. Por el contrario, así haya actuado en base a sus convicciones, el político debe “responder” por las consecuencias de su acción. La ética de la responsabilidad obliga al político a decir “Yo actué así porque creo en la posibilidad de una sociedad más justa, pero mi acción, a pesar de mis buenas intenciones, produjo más injusticia. Yo no lo esperaba, pero fue así. Yo ahora admito que soy responsable de esa injusticia provocada por mi incompetencia política. No hay Historia ni Bien final que justifiquen mi acción”.

Esto, claro está, si el líder del que hablamos es un político democrático, que acepta las consecuencias de su acción y está dispuesto a que sus conciudadanos decidan, por los votos, si debe continuar ejerciendo un cargo público o no. Pero no todo político piensa así. Por ejemplo, para Weber el político revolucionario guía sus acciones sobre la base de fuertes e inmovibles convicciones. El problema no es que tenga esas convicciones y que las mantenga en su vida personal, el problema es que esas convicciones sean utilizadas como justificación final de sus actos políticos. El revolucionario no “responde” por sus actos y no negocia. En su escala axiológica el bien final está por encima de los “bienes” intermedios menores. Estos pueden ser violados sin misericordia: se vale contradecirse, mentir, engañar, estafar y cosas peores. El prurito frente a esas “pequeñeces” es un obstáculo propio de una ética burguesa que no es necesario respetar si la acción está guiada por el bien último representado por la utopía social. No en vano Weber habla de cierta afinidad entre la ética de convicciones, el pensamiento utópico milenarista y ciertas formas de liderazgo carismático. El líder carismático ofrece aquello que el político democrático responsable no puede ofrecer: reinos de mil años, edades futuras de plata y oro y otras utopías por las que bien valen la pena ciertos males menores y pasajeros.

Transmutación axiológica de fines en medios y medios en fines.¹¹

En parte por efecto de una fuerte ética de convicciones, ciertos valores se transforman en medios y ciertos medios en fines. Veamos este ejemplo que, como en la ética de convicciones, implica al político revolucionario: Se quiere hacer la Revolución ¿Por qué? Porque hay hambre, miseria, injusticia y desigualdad. Se quiere cambiar todo eso y es necesario que ese cambio sea total y rápido. A ese cambio lo llamamos *La Revolución*. Esta Revolución será el medio que conducirá al soñado fin: una sociedad de justicia, igualdad, etc. Al poco tiempo de producida la Revolución se hace evidente que la utopía estaba más lejos de lo que en un primer momento había ofrecido el Líder y aún puede ser que luego de la revolución haya más miseria e injusticia que antes. Para colmo, de pronto la Revolución ha pasado de ser el medio para convertirse en el fin y descaradamente se pide, no sólo que no se espere superar la miseria en el mediano plazo, sino que se este listo para la guerra de purificación final que podrá durar 100 o más años antes de que todas las fuerzas de la conspiración contra revolucionaria sean derrotadas. ¿Pero cómo, podemos preguntarnos, no era acaso la Revolución un medio y no un fin en sí mismo? Ante la distancia de la utopía, ha ocurrido una “transmutación axiológica de medios en fines y fines en medios”: La Revolución se convierte, ella misma, como idea, en el bien último, en el punto de llegada en el infinito que resuelve todas las contradicciones del camino. La Revolución es la convicción ética que guía la conducta y por ella está permitido todo. La total subordinación de los medios a la convicción en el bien final no es, por supuesto, monopolio del revolucionario, es común a toda ética de convicciones. Así lo expresó alguna vez el Cardenal Newman: “La Iglesia sostiene que es preferible que el sol y la luna caigan del cielo, que la tierra colapse y que todos los millones que viven en ella mueran de inanición en la más extrema agonía, antes de que una sola alma cometa un pecado mortal.”¹² Es la misma convicción que guía al revolucionario convencido: es preferible morir en el combate final, que con toda seguridad produ-

¹¹ Para el tratamiento por Georg Simmel del tema en este apartado me apoyo en Josexo Beriain (2000).

¹² Citado por John Dewey (1960:52)

cirá infinita miseria, antes que renunciar a los logros de la Revolución, aunque lo que se había tenido por logro era precisamente el fin de la miseria.

Múltiples Afinidades Electivas

Con los dos conceptos anteriores se puede reconstruir el esquema del argumento de este ensayo. Proponemos la existencia de una afinidad electiva entre la ética de las convicciones y la teoría de la conspiración. Sostenemos que el líder carismático, ante la lejanía de la utopía y las dificultades para alcanzarla, transmuta los valores y apela la teoría de la conspiración para justificar las consecuencias no esperadas de sus acciones. Resulta paradójico que el líder carismático es capaz de revelar una secuencia lógica continua que va desde las motivaciones de los conspiradores hasta los hechos observables y que tal secuencia convierta a los conspiradores en "responsables" por las consecuencias no esperadas de la acción del líder carismático. Pero esa misma secuencia que permite "responsabilizar" de los hechos al conspirador no puede ser aplicada al mismo líder. En este sentido, el líder no es "responsable". La contradicción es aparente y se resuelve dialécticamente en la apreciación del Todo descubierto por la clave conspirativa. ¿Cómo sucede esto? Sostenemos que hay una segunda afinidad electiva entre la teoría conspirativa, usada políticamente y la "transmutación axiológica de fines en medios y medios en fines". Esta transmutación permite sobrellevar los efectos no esperados de la acción como efectos de una conspiración que obstaculiza el camino al bien último, a la utopía.

Es evidente que, a pesar de que la sociedad despierta, lamentablemente tarda en llegar a la Utopía, no se produce el milenio, no comienza la guerra final purificadora y en cambio las cosas siguen más o menos como siempre, o quizás peor según los críticos conspiradores. Hay efectos no esperados de la acción ¿Por qué? Porque la conspiración se mantiene a pesar de ser develada. De hecho, hay que develarla continuamente. Es esquiva precisamente por ser total, es decir, se esconde en todas partes.¹³ El desplazamiento de la responsabilidad es completa y el líder carismático sólo debe señalar a los responsables de siempre.

A partir del esquema podemos también entender a las Teorías de la Conspiración como una respuesta secularizada al problema religioso de la Teodicea, el intento por explicar el Mal dada la existencia de un Dios omnisciente, omnibenevolente y omnipotente.¹⁴ Es una respuesta secularizada a una *pregunta* por el mal también secularizada por la tradición de la Ilustración: sin ciertas presiones sociales el hombre debería ser capaz de regresar a la utopía del estado natural. Pero resulta no ser así, el mal continúa siendo un obstáculo para nuestras pretensiones humanas. En nuestro mundo secularizado la sociedad ha tomado el lugar del omnipotente Dios y al igual que este predecesor, la sociedad debería tender al bien, pero el mal sigue existiendo en la forma de desigualdades e injusticias. La respuesta secularizada al problema de la teodicea es suponer la existencia de una Gran Conspiración que explique la recalcitrante presencia del mal en lo que, de otra manera, sería una utopía.

¹³ He tratado este tema de la teoría de la conspiración como total y gigantesca, pero a la vez esquiva y escurridiza en Pérez Hernáiz (2009).

¹⁴ Véanse las "Consideraciones Intermedias" en Weber (2006). De acuerdo a Ricoeur (1986), sólo estamos ante el problema de la teodicea (término acuñado por Leibniz) cuando se dan los tres atributos divinos mencionados: Si suponemos a un Dios que por omnisciente, conoce del mal, por omnibenevolente, quiere el bien y por omnipotente, es capaz de hacerlo, inevitablemente nos preguntaremos ¿porqué existe el mal? El término "sociodicea" ha sido usado por Daniel Bell (1966) para referirse a la racionalización del problema de la teodicea. Posteriormente el término fue usado por Vidich y Lyman (1985) en la introducción a su historia de la sociología norteamericana. También fue extensamente utilizado por Bourdieu (1993) para caracterizar la explicación neo-liberal del sufrimiento como parate necesaria del progreso. Para Bourdieu el neo-liberalismo sería una "sociodicea conservadora".

¿Última vuelta a la tuerca?

Entonces, caso cerrado. Desde nuestra privilegiada posición de científicos sociales hemos caracterizado al líder carismático que manipula, consciente o no, a la inocente masa y la engaña. Pretende iluminarla, explicar el mal de una manera secular y racional, pero en cambio le hace ver fantasmas. Justifica su fracaso como responsabilidad de otros. Este ensayo es corto y el lector atento ya hace rato habrá “develado” nuestra propia teoría de la conspiración. Sin duda vivimos en una época de dudas (¿Acaso ha habido épocas de certezas?), y ciertamente el discurso de la ciencia comparte mucho de la gramática de la conspiración, a pesar de nuestra pretensión de pluralismo causal y de posibilidad de verificación de nuestras hipótesis. Quizás en esta vuelta a la tuerca nos comportamos como auténticos paranoicos, sólo que en vez de ver conspiraciones por todos lados, vemos teorías de la conspiración en toda explicación de la realidad que vaya un poco más allá de los hechos ¿Hay escapatoria? No se pretende aquí la solución de Popper (2006), para quién las teorías de la conspiración eran el refugio de aquellos que han abandonado a Dios pero aún no han abrazado a la ciencia. Pero de nuevo, la ciencia no niega la conspiración, sólo exige su falibilidad como hipótesis explicativa y no que se pretenda que esa misma falibilidad sea prueba de la omnipresencia de la conspiración. Aquí nos limitamos a pensar el problema de las teorías de la conspiración políticamente, como una característica del liderazgo y a establecer su relación con la democracia. Por supuesto, si el autor de este ensayo resulta ser agente, por ejemplo de la CIA, todo el problema desaparece. Pero este autor niega rotundamente estar en la nómina de agencia de espionaje alguna. Desde luego que esta negación sólo puede ser prueba de tal afiliación. Desde la perspectiva de la teoría de la conspiración la tuerca es infinita e infinitas son sus vueltas. Reléase este ensayo con esta nueva clave en mente.

Bibliografía

- Bell, Daniel (1966) Sociodicy: A Guide to Modern Usage. *The American Scholar* 35:702-5.
- Berriain, Josetxo (2000) *La lucha de los dioses en la modernidad. Del monoteísmo religioso al politeísmo funcional*. Barcelona: Anthropos Editorial, Universidad Pública de Navarra y Universidad Central de Venezuela.
- Bourdieu, Pierre, et al. (1993) *La misère du monde*. Paris: Éditions du Seuil.
- Brown, Dan (2003) *El Código Da Vinci*. Umbriel.
- Clarke, Steve (2007) *Conspiracy theories and the internet: controled demolition and arrested development*. *Episteme* 4:77-92.
- Cohn, Norman (1995) *El Mito de la Conspiración Judía Mundial: Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dewey, John (1960) *The Quest for Certainty*. Nueva York: Capricorn Books.
- Eco, Humberto (1989) *El Péndulo de Foucault*. Buenos Aires: Lumen.
- Hofstadter, Richard (1966) *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*. London: Jonathan Cape.
- McConnachie, James; Tudge, Robin (2005) *The Rough Guide to Conspiracy Theories*. London: The Rough Guides.
- Melley, Timothy (1999) *Empire of Conspiracy: The culture of paranoia in postwar America*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

- Parish, Jane; Parker, Martin Eds. (2001) *The Age of Anxiety. Conspiracy Theory and the Human Sciences*. Oxford: Blackwell.
- Patán, Julio (2006) *Conspiraciones. Breve Historia de la Conquista del Mundo por los Extraterrestres, los Masones, la ONU, Las Elites Financieras, El Establishment, etc.* Cromos, Paidos.
- Pérez Hernaiz, Hugo Antonio (2009) *Teorías de la conspiración: Entre la Magia, el Sentido Común y la Ciencia*. Prisma Social, Revista de Ciencias Sociales 2. Disponible en: http://isdfundacion.org/publicaciones/revista/pdf/n2_11.pdf (18-7-2009)
- Popper, Karl Raimund (2006) [1945] *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*. Paidos.
- Ricoeur, Paul (1986) *Le mal: Un défi à la philosophie et à la théologie*. Ginebra: Labor et Fides, 1986.
- Vankin, Jonathan; Whalen, John (1999) *The 70 Greatest Conspiracies of All Times*. Nueva York: Citadel Press.
- Vidich, Arthur J. y Lyman, Stanford M. (1985) *American Sociology. Worldly Rejections of Religion and Their Directions*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Weber, Max (1919) *El Político como Vocación*. Disponible en: <http://derecho.itam.mx/facultad/materiales/proftc/herzog/Weber%20-%20Politica%20como%20vocacin55.pdf> (1-2-2009)
- Weber, Max (1987) [1921] *Ensayos Sobre Sociología de la Religión*. Madrid: Taurus.
- Wilson, Robert Antón (1998) *Everything is Under Control: Conspiracies, Cults, and Cover-ups*. Nueva York: Harper Perennial.